

oratorio; el que no puede más, dice que en aquella habitación hay un duende, y por eso la dejó cerrada. El primero pasa por creyente; el segundo, por supersticioso; pero, en realidad, todo es lo mismo... ¡Fantasmas! La fe y la superstición tienen el mismo nombre: ¡Misterio!

---

## MÁXIMAS Y AFORISMOS TEATRALES

---

El público quiere que se le hable en broma de las cosas serias y en serio de las tonterías. Lo que no tolera casi nunca es que se le hable seriamente de lo serio y en tono ligero de sus tonterías.

---

Muchas veces por querer justificar demasiado una situación, cae más pronto el público en su falsedad, porque con razón piensa: muy injustificado debe ser esto que necesita justificarse tanto.

---

Pintar á brochazos, pero con tal arte que á distancia parezca que se pintó una miniatura, es toda la dificultad y todo el arte del teatro.

---



Habréis leído muchas veces en carteles y ejemplares de obras: El señor ó la señora X se encargó de un papel inferior á su categoría por deferencia al autor.

No habréis leído nunca: Por deferencia del autor, la señora ó el señor X se encargó de un papel superior á sus facultades.

Todo lo que sea importante para la mejor inteligencia de una obra, ha de decirse en el transcurso de la acción, por lo menos, tres veces. La primera se enterará la mitad del público; la segunda, la otra mitad; sólo á la tercera puede tenerse la seguridad de que se han enterado todos; menos los sordos y algunos críticos.

Ya podéis decir en una obra que la chimenea está encendida, que el frío es siberiano, que nieva, que está abierto el teatro Real y hay bailes de sociedad; después de la lectura á los actores, nunca faltará uno que se os acerque muy respetuoso á preguntaros: Me hace usted el favor, ¿la acción pasa en verano?

Consejo á los empresarios. Si queréis que

las señoras frecuenten vuestro teatro, no tengáis actrices que gusten demasiado á los hombres.

El actor nace, el primer actor se hace. (A sí mismo en la mayoría de los casos).

Más vive obra mala en que los actores se lucen, que obra buena en que ellos fracasan.

Hay dos cosas imposibles de saber nunca: la verdadera edad de las mujeres y el verdadero sueldo de los actores. De ser verdad lo que ellos aseguran, no habría Empresa que pudiera levantar el telón con menos de tres mil pesetas. ¡Ay! Se levanta muchas veces con unas cincuenta...

El mayor castigo que podría imponerse á algunos actores, no es el de oír lo que el público dice de ellos, sino el de oírse á sí mismos.



Dime qué población es la mejor de España,  
y te diré dónde te han aplaudido más.

---

Si tenéis interés en creer que *La nave*, de Gabriel D'Annunzio, es esa maravilla de que nos ha hablado la Prensa de todo el mundo... no caigáis en la tentación de leerla. En este caso cuesta menos conservar una ilusión que perderla.

---

## LO DE CASA

---

Hay noticieros que, por dárselas de hombres superiores y de amplia cultura, á la relación de cualquier riña más ó menos sangrienta, ó de cualquier hazaña golfesca más ó menos castiza, añaden invariablemente como comentario: ¡Ya nos vamos *eupeizando!*, ó ¡Cómo nos envidiarán en Europa!, ó ¡Estamos mejor que Marruecos!, ó algo de esta hondura filosófica. Y malo es el patriotismo á tontas y á locas, que lo mismo proclama la superioridad de nuestras mujeres sobre todas las mujeres del mundo, que la del agua del Lozoya sobre todas las aguas, las del Jordán inclusive; pero de esto á creernos en todo inferiores, y á mostrarnos siempre apocados y como vergonzosos de todo lo nuestro, media la distancia no de lo patriótico á lo antipatriótico, sino la más estimable de lo serio á lo dícilo.



Creer que no podemos figurar en el concierto civilizado porque á la puerta de una taberna hubo unos navajazos ó porque un chulo demasiado romántico ó demasiado práctico, dió una puñalada ó unos tiros á su querida, es creer que por esas naciones civilizadas no pasan todos los días cosas como éstas y bastante peores.

¡Quisiera yo saber hacia qué parte del mundo cae ese Paraíso terrenal, en comparación del cual podemos considerarnos como raza inferior! ¿Caerá por ahora en el Japón, ya que hemos convenido en que el último pueblo que pega es el más civilizado, y el que nos impone en todo su figurín, hasta que otro pegue más fuerte?

Hay dos modos de hacer el perfecto paleta al asomarse por esos mundos: uno, el de los que van decididos á no admirarse de nada, vean lo que vean; otro, el de los que se admiran de todo desde que salen de su casa, y todo les parece extraordinario y maravilloso.

Los franceses, por regla general, pertenecen como viajeros á la primera categoría; los españoles, á la segunda. Unos y otros son los viajeros más superficiales del mundo.

Los franceses, vayan á donde vayan, llevan su impresión literaria en la cabeza, cada uno según su texto favorito—Gautier, Chateau-

briand, Loti, etc.—Ya pueden ver todo lo contrario, que á ellos no habrá quien les apee de su visión particular.

Los españoles, por otro estilo, ya resueltos á que todo lo que han de ver es muy superior á lo suyo, cultivan su ilusión con el mayor esmero, y para no exponerse á rectificaciones, procuran no pasar de la dorada superficie de las cosas. Lo primero que buscan en todas partes es el *rincón español*, el círculo de compatriotas en que seguir haciendo comidilla de los chismes y cuentos de la tierra.

Una señora española, muy devota, emprendió un viaje á Roma en una de esas peregrinaciones tan gratas al dinero de San Pedro, y como á la vuelta le preguntara su familia:—¿Qué has visto, qué has hecho?—Ella, entusiasmada:—¡No sabéis qué alegría! ¡Me he confesado en San Pedro! ¿Con quién diréis? Con el párroco de San Ginés.—¿Y para eso has ido á Roma?—le decía su paciente marido.

Pues como aquella buena señora, la mayoría de los españoles viajan para confesarse en Roma con el cura de su parroquia.

En cuanto á los viajeros profesionales, ya sabemos que legaciones y ministerios de Relaciones extranjeras saben proporcionar amables antiparras de color de rosa para uso de corresponsales y diplomáticos; y como los es-



pañoles, siempre dispuestos á adquirirlas, nunca nos dimos maña para ofrecerlas en justa reciprocidad, sólo á nosotros se nos ve siempre, no ya con nuestros colores naturales, sino de rojo ó de negro, y esto, unido á nuestros aspavientos por esas cosas que en todas partes ocurren y en todas tienen la misma importancia, importancia *humana*, pero no nacional, contribuye á que los de fuera se crean en el caso de no estimarnos en más que nos estimamos.

Tanto se escribe y se exagera de nuestra *reacción*, que en la Argentina y en el Uruguay eran muchas personas y muy ilustradas las que me preguntaban si en España la prensa podía censurar al Gobierno; si en las Cámaras se podía discutir sus actos.

A todo esto, en el Uruguay andaban enredados con una cuestión de crucifijos suprimidos en los Hospitales por un *ukase* presidencial, á pretexto de que eran depósito de microbios, y los devotos, que allí como aquí son casi todas las personas pudientes, andaban, señoras á la cabeza, con unos grandes Cristos de hoja de lata y otros metales preciosos colgados al cuello, y se traían una de manifestaciones clericales, que las de nuestras señoras, cuando la ley de Asociaciones, no tuvieron que ver ni que oír en comparación.

En Buenos Aires, un español, un madrileño, allí residente, me preguntaba compadeciéndonos: —Y en Madrid, ¿continúan todavía los tranvías metiéndose por la acera en la calle de Fuencarral?

Hay que advertir que en Buenos Aires, donde las calles del centro y de la vida comercial, son como la Carrera de San Jerónimo por su parte más estrecha, los tranvías van continuamente sobre las aceras y á una velocidad á la que nunca se entregan en Madrid ni en las calles más espaciosas.

Yo le contesté que, en efecto, en eso del tranvía seguíamos tan desgraciados; pero, ¡vamos! que lo de allí tampoco era para presumir. Y así sucede con muchas cosas. Y es que el don de enterarse lo poseen muy pocos.

Yo he viajado algo; me he enterado otro poco de lo que pasa por el mundo, no deteniéndome sólo en la dorada superficie de las cosas, y confieso que hasta ahora no he tenido que avergonzarme de ser español, y eso que de haber nacido en España á haber nacido en Francia ó en Inglaterra, por ejemplo, me va una porción de miles de francos ó de libras de diferencia por derechos de autor.

Pero no creo que España vale menos por eso, aunque en España sí creen que vale uno menos que muchos de esos autores de los mi-



les de francos y de libras. Pero esa pequeña injusticia tiene su reparación más tarde ó más temprano: el día en que uno se muere.

¡Ah, ese día es como si le tradujeran á uno! Porque ya no molesta uno á nadie, y elogiándole á uno, todavía puede molestarle á los que quedan.

## LA BANCARROTA DEL MATRIMONIO

---

En París se ha publicado una novela muy interesante: *Jusqu'ou elles flirtent*. Costumbres inglesas, dice su autor. ¿Inglesas nada más?

Condiciones económicas de la vida moderna han determinado en los grandes centros de civilización, sobre todo, lo que ya empieza á definirse por algunos como bancarrota del matrimonio; algo más evidente que la famosa bancarrota de la ciencia que nos señaló Brunetiére.

Como todo problema económico, éste afecta más sensiblemente á las clases medias sociales. Para las clases bajas, la consagración matrimonial del amor es casi siempre una necesidad, y aun supone una economía. El trabajador no dispone de tiempo ni de vagar para aventuras amorosas, y cuando las exige el instinto, bueno es tener en casa una mujer que,



entre tanto, ó gane otro jornal ó tienda á los menesteres caseros. Sierva te doy y no mujer, es el verdadero sentido de la epístola conyugal para los pobres.

En las clases altas, el matrimonio es un lujo más, que por ser lujo hasta puede ser por amor en algún caso; pero en la mayoría es dos fortunas que se suman, dos escudos nobiliarios acolados, el dinero del hombre que sufraga el lujo de una belleza, ó el de la mujer que compra la vanidad de llevar un nombre ilustre, en política con preferencia, ó la más peligrosa de adquirir un hermoso ejemplar masculino de primera fuerza en los *sports*, que por ser Hércules del león de Nemea, promete ser también el de las cincuenta hijas del rey, desposadas en un mismo día de una misma noche de bodas.

Pero, en la clase media, el matrimonio no es apremiante remedio de necesidades como en la clase baja, ni es artículo de lujo como para los ricos. Una mujer sin dote ó heredera de un modesto caudal, un hombre con un sueldo ó corta renta, productos de su trabajo, no puede aspirar á comprar talentos ni bellezas; pero puede, si los poseen ó creen poseerlos, aspirar á venderlos. El matrimonio puede ser un buen medio para mejorar de posición. No conviene, pues, casarse sin reflexio-

nar, con el primero ó la primera que nos enamore. Una cosa es el amor, y el matrimonio es otra cosa.

Para el hombre, el problema no es tan complicado. Quiera burlar amante para declararse después insolvente de matrimonio; quiera formalizarse marido para declararse después en quiebra de amor, su papel no es difícil; franca acometividad primero y más franca huida después, en el primer caso; franca y continua acometividad en el segundo.

Pero las pobres mujeres, ¿que harán en cualquiera de los dos casos? O enamoradas del que no las conviene para marido, ó perseguidas por el amor de quien sólo amor busca en ellas, cuando para ellas es el marido *ideal* al que hay que obligar al matrimonio á todo trance. Con el que quiere, pero no debe ser marido, ¿hasta dónde resistir el propio deseo? De quien no quiere ser marido, pero debe serlo, ¿hasta cuándo defenderse?

Bien saben las mujeres que el único medio de llevar al matrimonio al hombre que no va para marido, es excitar su deseo sin satisfacerlo nunca. Conviértese así el amor en el juego de amagar y no dar, en la broma carnavalesca de ¡al higuí, al higuí!, en la trampa vulgar del fullero, que marca con media moneda, y si llega la de ganar, empuja suavemente



para decir: ¡Va todo! Y si perdió la deja en su lugar, como marcaba, para no perder tanto en el juego y poder desquitarse en otra talla.

En este difícilísimo arte de conservar amantes sin llegar al matrimonio ó de llegar al matrimonio sin arriesgarse á caer en amante, la mujer inglesa es maestra insuperable. Verdad es que todo la favorece. En lo físico, su mirar candoroso, la frescura infantil de su cara, su habla dulce, interrogante, como de niño curioso que todo lo ignora y todo se atreve á preguntarlo; en lo moral, la altivez de su raza, la suprema distinción que posee la sociedad inglesa para no darse por entendida de lo que no conviene enterarse, la caballerosidad de sus hombres, que saben guardar secretos de amores.

Esta es condición indispensable, y con esta dificultad luchará siempre la mujer española, en esta tierra en que D. Juan lleva por índice sus conquistas, para flirtear con resultado —no diré con fruto, porque nada más opuesto al *flirteo*.— Pero en el momento en que los hombres sean unos *voceras*, se destruyó el mayor encanto del *flirt*, que está, sobre todo, en no saber hasta dónde llegó. *¡Jusqu'ou elles flirtent!*

Por eso nunca agradeceréis bastante las mujeres de otros países que el novelista francés

haya subnominado su novela «Costumbres inglesas», guardándoos así el secreto. No la leáis, sin embargo, entre otras razones, porque nada nuevo aprenderéis en ella; ni os alarme tampoco que los hombres puedan leerla y enterarse de más de cuatro cosas; los hombres, que en materias de amor, son olvidadizos; olvidan experiencias de la vida, cuanto más lecturas de libros.

Entre tanto, para contrarrestar esta bancarrota del matrimonio, traída por la carestía de los alimentos y de todo lo que alegra y embellece la vida, ¿qué podéis hacer vosotras, pobres mujeres, puestas siempre en el dilema de parecer ligeras, si no sabéis defenderos, ó calculadoras, si os defendéis demasiado, sino entregaros al dulce *flirt*, simulacro de amor, que, sin bajas sensibles que lamentar en vuestra virtud, puede llevaros alguna vez á la victoria definitiva del matrimonio, con un dominio en cambio de la táctica, que vuestro marido será el primero en agradeceros?